

Rubén Darío

En el Centenario de "Azul"

Por Fernando de la Lastra

SANTIAGO hacia 1886 era una ciudad silenciosa. La frescura de los campos circundantes y la fragancia de los mimosos, era el "smog" de entonces. Ciudad de campamentos como presagando los últimos años del siglo en el que, sin embargo, el progreso avanzaba rápido y el peso valía algo más de 66 pesillos. Hacía una época, nuestra "tribu" constaba de 12.441 casas, según una estadística, y esas casas albergaban una población estimada en 180 mil habitantes. Existían 1.197 carruajes particulares: landós, cupés, milcores, duques y victorias, beretas y calenas que rodaban por nuestras calles más polvorientas que adoquinadas y más de 600 coches de arriendo y uno público. Por fin, 45 mil personas utilizaban al día el Ferrocarril Urbano que, atravesando algunas calles centrales, recorría la ciudad desde la Universidad de Chile hasta el Mercado Central, y desde el mismo punto hasta la estación del ferrocarril. Ya se había inaugurado el alumbrado público que irradiaba su luz a través de las "lámparas de las eléctricas de Edmundo". Así la ciudad salía de sus tinieblas callejeras secas. Nuestros cielos eran limpios. Sólo los opacaban los pájaros y los volátiles. Paseos en los parques, en los Tajamares y en la Alameda de las Delicias. Las casas de uno y dos pisos, con techos de ladrillo, eran hogares de "puertas para adentro" en su sentido literal. Época de tertulias y de misérlas. El Parque Cousiño invitaba a la vida y la Santa Lúcia mostraba sus extraordinarias floraciones, escalinatas y anseños. Hacía el oriente, la misma coquillera, el más extraordinario monumento de nuestro continente, se percibía soberbia, tan intacta como la vemos hoy día.

Algo semejante sucedió en Valparaíso, entonces primer puerto del Pacífico. Las escalinatas hasta los cerros mostraban la pujante ascendente de sus habi-

tantes: muchos ingleses, franceses y alemanes hicieron de estas costas su segunda y definitiva patria. En las noches, bajo las estrellas, las mándulas de los boraginos en la habita, apuntaban al cielo nuestro destino. En Valparaíso, el alba, el mar y el crepúsculo, son años. En algunas mañanas, muy especiales, desde lo alto del puerto suele verse el majestuoso Acapulco.

Más que atractivo era el bullicioso ambiente literario de Santiago a fines del siglo pasado. En los salones se platicaba la conversación, lo mismo que en los cálidos comedores de Púlp Gogé y ésto se hacía más sabroso en las salas de relajación de los periódicos de entonces. Una pléyade de más de cien escritores —novelistas, poetas, ensayistas y dramaturgos— en una ciudad pequeña y bastante provinciana, hasta galas de más virtudes, inquietudes y recelias. Algunos, simplemente pasaron sin mayor gloria, otros alcanzaron alguna figuración como De la Barra, Alfredo Irarrázaval, Ludovico Errázuriz, Bayron Grey, Carlos Merle Vicuña, Vicente Grex, etc. Y los hubo brillantes como Vicente Pérez Rosales —fallecido en 1895—, Lautarín, Alberto Blest Gana, Daniel Egúsquiza y Luis Orrego Luco. Estos escritores y muchos más corresponden, precisamente, a lo que los historiadores de la literatura denominan, como "Romanticismo". Chile, entonces, era un país insular y alejado del resto del mundo. Finis Terras. Sin embargo, esto no obsta para que haya sido uno de los más ricos del continente y el más leído, acaso por eso mismo.

Al mismo tiempo, nuestras letras eran invadidas por el oleaje perenne de la literatura francesa, de avanzada, desplazando a la española. Buen ejemplo, entre otros, lo constituye la obra de Alberto Blest Gana en su "Arquitectura en el Amor", "El Ideal de la Ca-



Rubén Darío

lavera" y "Martín Rivas". Famosa fue la tertulia literaria de don Lucía Huelmo de Vergara, hija del Presidente. Y también la de Pedro Balmaceda de Toro, en la que se juntan a los Goncourt, a Barbey d'Aurevilly, poetas de Verlaine o de Mallarmé, de Ravilg y Solís Frustronner, Falco, V. Hugo, Debut, y también, algunos autores españoles de la llamada Generación del 98.

El "Indio Triste"

Félix Rubén García Sarmiento (1867-1906) nació en Mataga, aldea de Nicaragua. Fue niño prodigio. Cuando sólo contaba 12 años publica sus primeros versos en el periódico "El Terremómetro". Así, su fama de poeta niño corrió pronto por toda América Central. A los 14 años, para estudiar a vivir, emienda gramática castellana sin el caberla. Por ende, hace hermosas novelas dedicadas a santos, sin ser luciferno, vividos. Su infancia, su adolescencia y su juventud fueron de una extrema soledad. Siempre estuvo al margen de los grupos, ya que su melancolía profunda le impedía hacer vida normal. Más le atraía la contemplación y la lectura. Y su pasión por escribir era su manera de expresarse, y su hiperactividad terminó al fin por hacerte ese destierro, por poeta.

Por algún motivo todavía no bien establecido llega a Valparaíso en 1896 con cartas de recomendación del general salvadoreño don Juan Caffas —fin escritor que anteriormente había estado en Chile como ministro plenipotenciario en 1870— con importantes vinculaciones en nuestra sociedad, ya que en Santiago dejó muy gratos recuerdos. Caffas, le anima: "(Al-

(Continúa en la página 164)

En el centenario de "Azul" [artículo] Fernando de la Lastra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lastra, Fernando de la, 1932-1990

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el centenario de "Azul" [artículo] Fernando de la Lastra. [Santiago, Chile], 1988. Retratos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

